

¿Una amistad
con propósitos de
novedad
y excitación?

¿Una relación
de ajuste de
personalidades?

LO MAS IMPORTANTE DEL NOVIAZGO

Sergio V. Collins

EL CELEBRE físico francés Ampere creó la electrodinámica y concibió el electroimán. Se ha dicho que hizo dar un salto a nuestra civilización. Realizó una enorme contribución al desarrollo de las matemáticas, de la química y de la filosofía. Estuvo de novio durante mucho tiempo con una linda jovencita, pero los padres no lo querían por yerno. Ampere llevaba un diario de sus investigaciones y de sus ideas. Era un científico y filósofo, por eso los ojos se agrandan de asombro y una suave tibieza inunda el espíritu cuando repentinamente se tropieza con esta frase: "Esta tarde comí una cereza que ella había tocado". Pareciera absurda debido al lugar donde se encuentra —en medio del frío lenguaje científico—, pero no por eso es menos maravillosa, porque constituye un pequeño resquicio que proporciona un indiscreto atisbo de la intimidad del sabio.



No hay duda, el amor no respeta ni las barreras del conocimiento y la ciencia. Todos, tarde o temprano, sienten su llamado y experimentan su influjo. Y no hay defensa posible. . . ¡Y nadie quiere defenderse de él!

Hay revistas que ofrecen amor por correspondencia. En ellas encontramos anuncios como éstos: "Tengo 20 años, soltera, no mal parecida, cariñosa. Quisiera vincularme con joven culto, formal, con posición económica establecida". "Mido 1,60 m y peso 50 kilos. Según mis amistades soy bonita, tengo 19 años, cabellos y ojos negros, de conducta irrepachable, con una soledad abrumadora en el corazón. Anhele encontrar a un hombre sincero, amante del hogar y que esté en condiciones económicas de formarlo".

Los jóvenes también tienen dificultades para encontrar una compañera en el ambiente social donde actúan, por eso anuncian: "Soltero, 22 años de edad, mido 1,62 m y peso 63 kilos, cabello castaño, empleado nacional con buen sueldo. Quisiera relacionarme con señorita de 18 años". "Tengo mi casa propia, nada me falta. Deseo conocer a una mujer que quiera compartir mi destino". Otro joven, "sano, fuerte, sin vicios, con buen empleo" ansía conocer a una señorita "rubia o morecha, cuerpo bien proporcionado, buena, culta y cariñosa".

Podríamos leer veintenas de avisos de esta clase y en todos encontraríamos las mismas características: los interesados se describen *físicamente*: peso, estatura, color del cutis, cabello y ojos; y también *económicamente*: buena posición económica, casa propia, buen empleo, sueldo alto. Pero casi nunca se describen *culturalmente*: qué estudios tienen, qué intereses (música, lectura, pintura) si les agrada asistir a conferencias, exposiciones y conciertos, si están al día con los movimientos intelectuales y los avances de la ciencia.

Y hay algo más que tiene mucha importancia y que pro-

mueve serias reflexiones. Estos "corazones solitarios" que anhelan encontrar compañía nunca hacen una descripción de su *personalidad*: ¿son maduros y ecuanímenes, o bien todavía tienen pataletas y berrinches como los nenes de tres años? ¿Ejercen dominio sobre sí mismos y son capaces de postergar sus deseos y necesidades si así conviene a los intereses de la otra parte? ¿O bien son absorbentes y egoístas? El no dice si es autoritario o si es capaz de hacer planes con otra persona y de compartir la responsabilidad. Ella no dice si experimenta satisfacción cuando debe asumir una responsabilidad o bien si cumple los deberes. Ninguno habla de su capacidad para hacer frente a las vicisitudes de la vida o para soportar con paciencia los defectos del otro. Nadie se refiere a los valores y las normas que sustentan su vida, y que tienen tanta importancia para mantener la integridad del matrimonio.

En resumen, parecería que lo importante es lanzarse de cualquier manera a esa deliciosa aventura que llaman noviazgo. Pero, ¿qué es el noviazgo? ¿Qué funciones cumple? Bueno. . . eso no interesa; lo importante es estar de novios. ¡Es tan lindo! ¡Se pasa tan bien! Lo otro resulta pesado, y no vale la pena enredarse en consideraciones tan profundas. Ya habrá tiempo para eso también. Ese anhelo de experimentar el amor es algo bien real, a partir de los primeros años de la adolescencia. En la sección de preguntas de una conocida revista aparece esta consulta: "Tengo catorce años; peso sesenta kilos y soy bastante alta. No sé por qué los muchachos no se fijan en mí. Nadie me comprende. No hay peinado que me quede bien. ¿Qué puedo hacer?"

Aun los niños y las niñas de la escuela primaria, especialmente los de los últimos grados, suelen dedicarse a escribir cartitas y a hablar de Tito, de Pepe, de Anita y de Elena. ¡A los once y doce años preocupados de las cosas del amor!

Esa tendencia marcadísima a medir el amor por lo material, lo concreto, que ya vimos al comienzo, nos induce a pensar en que el amor es el resultado de la personalidad total. Esto significa que el joven y la señorita, antes de estar en condición de amar, deben alcanzar un grado aceptable de madurez emocional y de solidez en el pensamiento y en el juicio. Después de todo, la edad biológica, 20 ó 25 años, no garantiza un criterio bien establecido o un desarrollo emocional conveniente. Y la inmadurez en cualquier aspecto de la personalidad constituye una traba seria para establecer un noviazgo fructífero y posteriormente un matrimonio feliz. Esto explica por qué no conviene iniciar un noviazgo durante la adolescencia, aparte de otras razones, como estudios y recursos económicos. La personalidad bien constituida está a la base misma de la felicidad en el amor.

Y esto tiene importancia. Imagine, lector amigo, a un joven cuya personalidad esté densamente teñida por las tonalidades del egoísmo y la agresividad, y que además posee una estrechez de criterio que no le permite aceptar las opiniones y puntos de vista de los demás. Visita a su novia. Ella hace o dice algo que le desagrada a él, o bien no accede a un pedido suyo. ¿Qué puede ocurrir? Bueno, como su personalidad es defectuosa y tiene un criterio estrecho, no se le ocurre pensar que ella tiene derecho a manifestar su independencia, sus gustos, sus preferencias; como es egoísta, cree que su novia debe actuar de tal manera que él sienta agrado, que se sienta a gusto; y como también es agresivo, manifestará su hostilidad hacia ella, reprochándola, poniéndole mala cara o criticándola. O bien se enfadará y se irá de la casa, o se encerrará en un mutismo absoluto durante media hora, hasta que pasa la crisis. Suponga ahora que estos novios se casan. Y por cierto que la ceremonia no cambiará absolutamente nada en su personali-

dad inmadura. En el estrecho círculo conyugal ya no tiene traba alguna para manifestarse tal como es, y entonces comienzan los altibajos y las desdichas. ¿Ve usted que la personalidad bien formada tiene mucha importancia en lo que atañe al quehacer del amor?

En suma, los noviazgos antes de tiempo —como tantas *amistades* que los adolescentes dan en llamar *noviazgo*—, que pueden llevar prematuramente al casamiento, son inconvenientes porque el matrimonio así constituido puede derumbarse estrepitosamente debido a que su estructura había sido levantada sobre un fundamento de mala calidad en el cual el cemento del amor faltaba del todo o estaba apenas presente o mezclado con otros materiales defectuosos, puesto que había rasgos deformantes de la personalidad demasiado acentuados, como el odio, la agresividad, el egoísmo, el afán de dominio, los sentimientos de inferioridad o la disposición a criticar.

Veamos ahora cuál es el verdadero sentido del *noviazgo*: es la asociación de un joven y una señorita que han experimentado una atracción recíproca, con el propósito serio de unirse en matrimonio dentro de un tiempo más o menos breve. Es decir, el período del noviazgo contiene una finalidad: realizar los novios la preparación indispensable —desde el punto de vista del ajuste personal— para ingresar en el matrimonio con buenas probabilidades de tener éxito y felicidad. Entonces, la asociación de un muchacho y una chica adolescentes que cultivan una amistad que cada vez se torna más íntima, incluyendo las libertades de orden sexual, no puede ser un noviazgo; es tan sólo una amistad con propósitos de novedad y excitación, que se ha apropiado de prerrogativas que no le pertenecen.

¿Qué hacer durante el noviazgo? Salir, pasear, charlar, visitar museos, asistir a conciertos, examinar temas culturales y científicos, hablar de

intereses espirituales y religiosos, sentarse en el parque, soñar juntos, ir a la casa de la novia, visitar la casa del novio, discutir y enojarse, reconciliarse, y tantas otras actividades. Pero esto no se debe realizar porque sí, sin objetivo alguno. Todo lo contrario, puesto que el noviazgo es un período de preparación. Lo que hacen los novios debería tener el propósito de conocerse mejor, de alcanzar un atisbo del alma del otro, a fin de efectuar con éxito el *ajuste* indispensable para la vida conyugal feliz. El joven y la señorita deben aprender a ajustarse a los modales, ideales, esperanzas y aspiraciones del otro. Por esto no es recomendable que los novios procedan de clases sociales demasiado separadas, de creencias religiosas diferentes, de posiciones económicas extremas, de ambientes culturales dispares, porque entonces habrá que realizar penosos esfuerzos para lograr el ajuste, y con frecuencia éste no se logra del todo, lo cual ocasiona fricciones e interferencias dolorosas en las relaciones conyugales.

Hay otra razón que debe tenerse en cuenta cuando se considera el noviazgo como un período de preparación y no solamente como la oportunidad de divertirse y obtener placer de la compañía de otra persona: el novio o la novia pueden tener ciertos rasgos de la personalidad que son defectuosos, pero que se pasan por alto, tal vez porque en la gran fuente del amor se ahogan las imperfecciones o bien porque en ese estado el juicio crítico y el poder de razonamiento disminuyen un poco. Y sin embargo, esos rasgos al parecer inocentes y triviales, suelen convertirse durante la vida conyugal en candentes motivos de hostilidad y de complicaciones maritales. Los gustos, las preferencias, los caprichos, las aversiones y las aficiones deben encajar en el cuadro constituido por la fusión de dos personalidades diferentes. Los novios que no consiguen ajustar-

se a las exigencias y necesidades recíprocas, están destinados a llevar una vida matrimonial miserable.

Recuerde, joven lector o lectora, que hay rasgos objetables de carácter tan arraigados como el Peñón de Gibraltar, y sin embargo es posible construir un matrimonio feliz en torno de ellos si se realizan los ajustes debidos y si se efectúa acertadamente la integración de las personalidades. En vista de lo que antecede, es indispensable que los novios comiencen cuanto antes la tarea de ajustarse el uno al otro y de tejer sus vidas para formar esa maravillosa tela que será la vida matrimonial feliz y productiva.

Conviene que los novios se formulen estas preguntas, entre muchas otras: “¿Estoy realmente en condiciones de casarme con ella y hacerla feliz?” “¿Quiero de veras que ella sea la madre de mis hijos?” “¿Podrá él convertir en realidad los sueños de mi juventud?” “¿Está ella en condiciones de manejar una casa y de colaborar para mantener la unidad dentro del hogar?” “¿Tendremos hijos?” “¿Dónde viviremos y cómo obtendremos el dinero para el presupuesto hogareño?”

En resumen, el noviazgo es un período —no excesivamente corto, de cinco o seis meses, ni demasiado largo, cuatro o cinco años—, durante el cual un joven y una señorita interactúan con más intimidad para conocerse a fin de reunir datos acerca de la herencia, la cultura, la religión, los hábitos y la manera de ser del otro a fin de evaluar debidamente su vida y su carácter con el propósito de realizar los ajustes necesarios para constituir un equipo de trabajo y colaboración que convertirá la vida conyugal en un remanso de paz, seguridad y felicidad, donde los hijos se formarán para convertirse en hombres y mujeres normales, independientes y útiles.=

A UN joven que acababa de regresar de su luna de miel se lo oyó observar: "Bien, he estado casado diez días, y hasta ahora todo ha ido bien". Tal parece ser la actitud típica de la mayoría hacia las primeras experiencias de la vida matrimonial.

Se reconoce, generalmente, que la luna de miel produce ciertas desilusiones y se considera que es un período que en gran medida determina el éxito o el fracaso de la aventura matrimonial.

Al tiempo en que los enamorados expresan los votos matrimoniales, acarician la esperanza de pasar largos períodos juntos y gozar de una camaradería libre de trabas. Pero después de la luna de miel, a medida que las obligaciones y las responsabilidades apremian, los esposos se desilusionan al ver que el tiempo que pueden pasar juntos no queda tan libre de preocupaciones como lo habían esperado. Descubren que es muy poco lo que pueden hacer para mejorar la situación. Se dan cuenta de que su elección se ha convertido en una relación permanente, y empiezan a preguntarse si, al fin y al cabo, la vida matrimonial les resultará tan agradable y emocionante como lo habían esperado, o si será simplemente un compañerismo común y corriente.

Durante todo el noviazgo, el joven se sintió seguro de que su novia no poseía los defectos que había observado en otras personas. Supone que ella tendrá éxito donde otras mujeres fracasaron, y que la vida matrimonial con ella será un romance continuo. Pero, después que llegó a ser su esposa, empieza a notar que posee rasgos que la mantienen muy alejada de la perfección que había supuesto al principio en ella.

Hay momentos en que la flamante esposa ni siquiera se siente con deseos de sonreír. De hecho, es posible que sienta cierta nostalgia.



Cómo Lograr la Fusión de las Personalidades en el Matrimonio

Dr. Haroldo Shryock

Esto alarma al esposo, porque había supuesto que su hogar sería tan superior al de sus padres, que ni por un momento desearía ella volver a su estado anterior.

Al comprender que su esposa es humana y que su personalidad adolece de varias imperfecciones que creía incompatibles con un ser tan angelical, el esposo se ve tentado a enrostrarle esos defectos. Por supuesto, imagina que ella le agradecerá que le mencione estas cosas. Pero descubre pronto que ella también ha estado notando algunas imperfecciones en su carácter, y está preparada para replicar a sus críticas con una lista aún más larga de defectos. Y así empieza la primera rencilla.

Después que el esposo habló con más franqueza y espíritu crítico de lo que él creía pudiese hablar alguna vez a su "tesoro", empieza a comprender poco a poco que es exactamente tan humano como antes. El hecho de que se haya casado no ha eliminado los defectos de su propia personalidad.

Antes de casarse, cuando tenía algún choque con un hermano o una hermana, no reconocía culpa alguna por el incidente. No se daba cuenta de que era suficientemente intolerante como pa-

ra originar reyertas. Había observado que muchos esposos tienen desavenencias, pero estaba seguro de que en su casa las cosas serían diferentes. El amor que sentía hacia su preciosa novia era tan intenso que le parecía que nunca sería capaz de iniciar una rencilla.

Pero he aquí que pocos días después del casamiento se encuentra ante la evidencia de que la vida es, en esencia, la misma que ha sido

siempre. Si adolece de tantos defectos como los que acaba de enumerar su esposa, debe deducir que todas las rencillas en las cuales participó surgieron realmente por culpa suya. Se siente seguro de que no es tan malo como su esposa lo ha pintado. Por lo tanto debe añadir a los otros defectos de ella (que él descubrió), la tendencia a exagerar y hacer declaraciones falsas.

Después de buscar un poco la soledad y reflexionar en todas las palabras de la disputa, teme que ello pueda significar que su vida matrimonial no será feliz como lo había soñado. Hasta puede permanecer despierto varias horas durante la noche siguiente compadeciéndose de sí mismo por haberse engañado. Pero después de dormir algunas horas, reconoce que la disputa era en parte culpa suya, y se siente pesaroso al descubrir que el casamiento no realizó el milagro de aumentar su capacidad de ejercer dominio propio.

Mientras tanto, la esposa también ha estado reflexionando. Al principio se sintió abrumada al pensar que había quebrado su propósito de "nunca pronunciar una palabra cruel", y lo que es peor aún, empieza a preguntarse si su esposo no está perdiendo su amor hacia ella. Recuerda lo que algunas de sus amigas le dijeron cuando empezó a salir con Ricardo. Lo acusaron de tener muy mal genio, de no estar sinceramente enamorado de ella. Pensó que no eran más que unas envidiosas y taimadas, pero ahora empieza a preguntarse si no estarían realmente procurando evitar que se casara con un joven que no le convenía.

Pero, después de un rato, recuerda que su madre solía señalarle algunos de estos mismos defectos de los cuales le habló él. Tal vez demostró demasiado espíritu de contradicción. Posiblemente no se habría irritado tanto si hubiese seguido el consejo de la tía Sa-

JOVENTUD



LA ACTITUD
QUE LOS
JOVENES
ESPOSOS
ASUMAN
AL COMIENZO
DE SU VIDA
CONYUGAL
JUGARA
UN PAPEL
DECISIVO
EN EL
FUTURO
DE LA PAREJA



COMO LOGRAR LA FUSION DE LAS PERSONALIDADES EN EL MATRIMONIO



ra y contado hasta diez antes de contestar. Como quiera que sea, seguirá amándolo y se lo va a decir.

Y así, cuando cada uno ha tenido oportunidad de meditar, encuentran que los supuestos agravios son superados por la soledad que sienten mientras están disgustados. Cada uno está ahora dispuesto a admitir que fue culpable por hablar en forma tan mordaz, y a pedir perdón. Luego sigue el delicioso paso de la reconciliación. De hecho parece que se comprenden mejor ahora y se aman aún más por haber descubierto que han arrojado valerosamente algunas debilidades humanas.

Casi toda pareja de esposos tiene alguna disputa de vez en cuando. Pero esto no significa necesariamente que sean desgraciados. Cierta joven aseveró, después de estar casado cuatro años, que él y su buena esposa nunca habían cambiado una palabra airada. Aseveraba que vivían en perfecto acuerdo con respecto a cualquier asunto que consideraran. Pero, cuando vimos a la esposa, nos resultó evidente que el motivo de esta perfecta concordancia era que la pobre no se atrevía a alzar la voz en protesta contra las normas que su voluntarioso marido le había impuesto. Ciertamente ella no había sido feliz, aunque nunca hubieran disputado.

No es la primera rencilla lo que determina si una pareja tendrá una vida conyugal feliz o no. Su dicha dependerá del éxito que tengan en fusionar sus personalidades de manera que restauren el respeto y la tolerancia mutuos. A medida que avancen juntos por la vida, experimentarán más o menos lo mismo, y sus personalidades se irán haciendo cada vez más semejantes. Cada uno observará las reacciones propias frente a las circunstancias,

y llegará a saber lo que puede esperar del otro y qué debe hacer para evitar desavenencias.

Durante el noviazgo los jóvenes suelen manifestar buena conducta. Consideran sus citas como ocasiones especiales y cada uno espera del otro que se porte de la mejor manera que sea capaz. Pero, después del casamiento, cada uno debe ver al otro a veces en su peor estado de ánimo.

Consideremos el ejemplo del joven esposo que, deseando progresar en sus negocios, trabaja tan arduamente durante el día que se halla cansado y agotado cuando llega a su casa. Durante el día ha pensado muchas veces en su esposa, recordando su vivacidad y atractivos. No se da cuenta de que el día de ella también ha sido arduo mientras desempeñaba los muchos deberes de la casa, y que gastó sus mejores fuerzas antes que él regresara a la casa por la noche. En realidad, cuando él llega, ambos están tan cansados que se defraudan mutuamente.

En caso de que marido y mujer no comprendan una circunstancia tal, ésta se convertirá fácilmente en un motivo de descontento e incomprensión. Cuando las fuerzas físicas de una persona se hallan agotadas, ésta tiende a volverse más crítica y menos tolerante que cuando está llena de vigor.

Después del casamiento, los deberes rutinarios para sostener el hogar ocupan más tiempo de lo que se había creído necesario. Hay que pintar el vestíbulo de la casa y arreglar un grifo, hay que arreglar la ropa y planchar una camisa. El pago de las cuentas y las diligencias cobran su tributo adicional, hasta que queda muy poco tiempo para estar el uno en compañía del otro. Todo esto reemplaza a la vida romántica y los esposos llegan a con-

siderarse como un complemento el uno del otro. De ahí la posibilidad de que la vida conyugal pierda interés.

Después del casamiento, se produce con frecuencia un cambio de actitud hacia los padres del cónyuge. Aun cuando los suegros han estado conformes con el casamiento, el esposo puede considerar que sus padres son un poco mejores que los de ella. O la esposa puede observar que los padres de él son tan sólo "campesinos". Esta poca disposición a aceptar los padres del otro cónyuge por lo que son y valen, es una fuente poderosa de descontento.

Es muy fácil que la simple negligencia, tanto de parte del esposo como de la esposa, sea una base de dificultades. Esta negligencia puede manifestarse descuidando los atavíos y la apariencia personal. Antes del casamiento, un joven se enorgullece de su compañera, no sólo por el afecto que le tiene, sino también por su atractivo personal. Si después del casamiento ella supone que lo tiene "seguro" y se considera, por lo tanto, con derecho a descuidar su apariencia personal, existe el peligro de que el cambio lo convenza a él de que ella carece de los refinamientos que son símbolo de la femineidad.

Por otro lado, un joven puede manifestar su negligencia omitiendo las muchas atenciones que prodigaba a su novia mientras la cortejaba. Proverbialmente este tipo de negligencia se manifiesta con el olvido del cumpleaños de ella y del aniversario del casamiento. Puede manifestarse también si él no abre la portezuela del automóvil para que ella entre o si no se hace a un lado cuando ella cruza el umbral al entrar en la casa. Estas negligencias implican que su tierna consideración hacia ella se ha debilitado desde el noviazgo. Otra causa de malentendidos



¿Qué le permitió al joven Edison desempeñarse tan brillantemente en la prueba? Naturalmente, caben varias respuestas que serían exactas. Pero creemos que el secreto de su éxito estribaba en que se había preparado con esmero y había practicado mucho. La transmisión telegráfica y su recepción por oído eran para él un hábito. Pero como se ve en seguida, se trata de un buen hábito y es realmente una gran ventaja el que nos resulte factible adquirir muchos buenos hábitos.

De hecho son, por lo general, mucho más numerosos nuestros buenos hábitos que los malos. Y al hablar de esos "malos hábitos" y analizar su naturaleza, vamos a encontrar que son mayormente hábitos de pensar más bien que de actuación. Pero precisamente por estar más entretreídos con nuestra personalidad que los meros hábitos de actuación física, resultan tanto más difíciles de desarraigar. Ello se debe a veces a que no sabemos bien qué es lo que debemos atacar, porque en verdad es nuestra filosofía de la vida la que debe cambiar, según veremos.

COMO SE ADQUIEREN LOS HABITOS

Por el momento, estudiaremos un poco la formación de los hábitos. Es en realidad, un proceso idéntico al que se realiza cuando aprendemos algo. La mayor parte de la instrucción que recibimos forma hábitos en nosotros. Aprendemos a leer porque nuestro ojo se habitúa a reconocer las letras y las palabras que con ellas se forman. Cuando hablamos, realizamos una serie de operaciones por hábito: expulsamos aire de los pulmones por la tráquea, con él hacemos vibrar las cuerdas vocales, e inmediatamente modulamos el sonido producido mediante movimientos de la lengua, las mejillas, los maxilares y los labios. Hasta la úvula desempeña su papel para dar mayor o menor tono nasal a ciertas vocales. Todas estas operaciones las hacemos automáticamente, es decir, sin pensar en ellas. Este automatismo deja nuestro cerebro libre para pensar en lo que queremos expresar; y hasta un poco de observación nos revelará que mientras los órganos vocales pronuncian una frase, el cerebro está concentrado en el juicio que emitirá después de dicha frase o tal vez después de varias otras.

¿Cómo se adquiere el automatismo de los hábitos que tanto facilita nuestras actividades? ¿Cómo llega un dactilógrafo, por ejemplo, a mover sus dedos con tanta agilidad sobre el teclado de su máquina de escribir, que a medida que sus ojos van recorriendo las líneas destinadas a ser copiadas, suben las teclas una por una, dejan su impresión en el papel y bajan nuevamente a su lugar, casi sin una equivocación; y eso a una velocidad que puede superar los seiscientos movimientos por minuto? Todo esto, además, sin que tenga que pensar en lo que hace. Al contrario, si se detiene a pensar en los movimientos particulares de cada dedo, empieza a cometer errores.

Bien, oigamos la explicación que nos dan los psicólogos y otros sabios que han estudiado los misteriosos procesos mentales, y procurado descubrir cómo los realiza nuestro sistema nervioso. Tal vez haya lagunas en la explicación, pues es imposible abrir un cerebro y verlo funcionar, ni hay todavía aparatos capaces de seguir a lo largo de un nervio el impulso enviado desde la central, o cerebro, para que un músculo ejecute un movimiento. Pero se ha llegado a ciertas deducciones que vamos a tratar de resumir.

EL PAPEL DEL SISTEMA NERVIOSO

Supongamos que bajo el estímulo de la necesidad de tener que escribir muchas cartas, nuestro cerebro ha decidido que las manos deben aprender a escribir a máquina. Hemos comprendido que ganaremos así un tiempo valioso que podremos emplear leyendo o divirtiéndonos, que son tareas más agradables que escribir. Nuestras cartas serán más legibles, pues tenemos mala letra. Puede ser que el día de mañana, por saber escribir a máquina, podremos ganar más dinero; etc. Así que obtenemos la máquina y el profesor o el método; y nos ponemos a practicar. Al principio, el cerebro debe mandar a cada dedo el correspondiente impulso para que toque la tecla debida. Este impulso, que es una carga eléctrica, o algo parecido, debe recorrer los nervios que llegan a los músculos de los dedos. Pero a lo largo del

nervio encuentra resistencia. Las células nerviosas, o neuronas, que son como estaciones de relevo se van transmitiendo el impulso por medio de sus fibras ramificadas y dendritas. Las dendritas de una neurona no están siempre en perfecta conexión para transmitir un impulso de una neurona a otra. Esto se llama una sinapsis o contacto sináptico. De sinapsis en sinapsis llega el impulso finalmente al extremo del dedo correspondiente a la "s", digamos; luego al que debe tocar la "e" y así sucesivamente con la "ñ" y las otras letras que han de componer la palabra "señor".

La primera vez que se envía el impulso, repetimos, hay resistencia a lo largo de los nervios. Las dendritas no realizan sus sinapsis con mucha velocidad. Pero a medida que se repite el impulso, las sinapsis se van produciendo más rápidamente, hasta que la resistencia llega a anularse. Los impulsos corren como por un canal abierto, y los movimientos se ejecutan sin tropiezo. Se ha creado un hábito. Por esto, se ha comparado a veces la adquisición de hábitos a la creación en el cerebro de ciertos surcos por los cuales corre el pensamiento. Se trata sólo de figuras de lenguaje. La verdad es mucho más complicada, como vemos; y al reflexionar en esos centenares de impulsos que nacen en el cerebro en un minuto, son lanzados en orden a los músculos que los ejecutan con tanta precisión y con ellos reproducen un pensamiento que otro ser podrá captar y por ello elaborará otros pensamientos y ejecutará otros movimientos numerosos y quizá trascendentales para la humanidad entera, no podemos menos que llenarnos de asombro y de admiración hacia el Creador que nos dotó así, con este humilde sistema nervioso nuestro, de un instrumento capaz de reflejar algo de sus atributos supremos: la inteligencia y la emoción sublime del amor.

LA INTELIGENCIA FACILITA LA ADQUISICION DE HABITOS

Puede verse la importancia que tiene para la humanidad su capacidad de adquirir hábi-

tos, pues no se realizaría mucho trabajo en el mundo si no existiesen esas reacciones nerviosas automáticas. Porque un hábito no es otra cosa que una reacción nerviosa que, por la larga práctica y el ejercicio, se ha vuelto automática. Bastaría hacer una lista de los actos que en la vida diaria realizamos por hábito para darnos cuenta de cuán indispensable nos resulta esta facultad. Por hábito nos llevamos correctamente la comida a la boca. Por hábito nos vestimos, nos aseptamos, leemos y escribimos, nadamos, andamos a pie, a caballo, en bicicleta o en cualquier vehículo, hablamos y realizamos muchos movimientos en nuestras diferentes ocupaciones cotidianas.

Los hábitos son ciertamente necesarios para la vida, y la inmensa superioridad del ser humano sobre los animales reside precisamente en que su inteligencia le permite adquirir hábitos en tiempo muy breve y en número asombroso. Y no sólo eso, sino en la facultad que tiene de cambiar sus hábitos cuando lo ve necesario. Aun el animal más inteligente tiene dificultad en aprender y también la tiene para librarse de un hábito una vez que lo adquirió.

NO FIEMOS DEMASIADO EN LA REPETICION

El proceso de adquirir un buen hábito, sea para reemplazar uno malo o porque deseamos desarrollar nuestra eficiencia personal, estriba en la capacidad de aprender, que es casi privativa del ser humano. En el arte de aprender, el éxito depende de la intensidad con que el interés hace que se concentre la atención. Pero uno no debe olvidar que, al aprender algo, conviene aprenderlo bien desde el principio y concentrar los esfuerzos en esa fase del asunto. Se dice a veces que la repetición de un acto nos hace hábiles y eficientes en su ejecución. Sin embargo, no es la práctica lo que nos hace perfectos.

Son muchos, en efecto, los que han estado caminando durante cincuenta años, y a pesar de ello lo hacen defectuosamente. Para hacer bien una cosa es necesario pensar en ella,

estudiar sus detalles, analizar cada uno de los movimientos que se han de hacer. Como dice un autor: "El esfuerzo intenso es lo que lo educa a uno". Y otro escritor, el profesor Mursell, añade: "Debemos distinguir entre el *deseo* y la *voluntad* de aprender. En mayor o menor grado, siempre tenemos el deseo de mejorar. Pero es un deseo frustrado que a nada nos conduce. Resulta muy diferente tener la voluntad de hacer algo.

"Se ha comprobado cómo personas que ya no son niños, sino adultos, pueden duplicar en seis meses la velocidad con que leen. Para ello necesitan ejercitarse con propósito deliberado e intenso. El deseo de aprender es difuso mientras que la voluntad de hacerlo es concentrada y específica. No tiene importancia cuántas veces intentamos perfeccionar nuestra habilidad. Lo que vale es la inteligencia con que probamos, y sobre todo lo que nosotros mismos descubramos acerca de nuestras pruebas. Cualquier aprendizaje es un proceso de experimentación y descubrimiento. No temamos los fracasos '*mientras conservemos la actitud experimental*'".

FUERZA ESPECIAL PARA VENCER LOS VICIOS

Cuando una persona nos dice que no puede renunciar a fumar o a cualquier hábito que le resulte perjudicial, es porque los beneficios que obtendría con su abandono no pesan en su juicio tanto como las sensaciones que la práctica del hábito proporciona a su organismo esclavizado. Al principio no vio mal alguno en el hábito, y ahora, aunque lo ve malo, no lo puede dejar. De ahí que sea tan importante no dar los primeros pasos en la adquisición de un mal hábito.

Los casos en que las personas han quedado esclavizadas por el alcohol, el tabaco, la marihuana, la cocaína, el opio y otros narcóticos, son los que mejor ilustran el poder de la religión para cambiar los hábitos. Es fácil comprender por qué. En efecto, cuando se recuerda que lo único que puede inducirnos a abandonar un mal hábito es, en fin de cuentas, una



Hay hábitos buenos y malos. El cigarrillo, es uno de éstos, y las consecuencias de su cultivo a veces son fatales. ¿Qué clase de hábitos tiene Ud?

comprensión de que es malo y de que hay motivos suficientes para renunciar a él, uno se explica por qué la conversión genuina resulta ser, en la mayoría de los casos, el único poder capaz de proporcionar a hombres y mujeres la fuerza necesaria para vencer sus malos hábitos. Se debe a que les imparte una nueva comprensión de los valores de la vida. Hay, si se quiere, una iluminación divina que les hace comprender sus deberes hacia sí mismos, hacia sus semejantes y hacia su Creador.

Llevemos un poco más adelante la consideración del vicio de fumar. El inconverso no se decide a dejarlo por las razones que expusimos. Su cuerpo se ha habituado a las sensaciones que le proporciona, y se le han hecho necesarias. Es verdad que el fumador perjudica su salud; pero esto sólo le hace encogerse de hombros, porque en muchos hay tendencias suicidas ocultas, a las que los psicólogos han aprendido ahora a desenmascarar. Nuestro hombre es egoísta y no le interesa mayormente que sus hijos y su esposa puedan quedar privados prematuramente de la ayuda que les debe, ni siquiera que, mientras él fuma, ellos necesitarían, para alimentarse

y abrigarse mejor, los recursos que gasta en cigarrillos. Lo que le preocupa es obtener la falsa sensación de bienestar que le da el veneno del tabaco, y este deseo llega a esclavizarlo hasta el punto de ser para él una verdad el anuncio comercial: "Iría al fin del mundo por un cigarrillo".

LA REFORMA IDEAL

Pero el Evangelio presenta otros ideales. El cuerpo es templo del Espíritu de Dios y no debe contaminarse con hábitos que envenenan. Hay que conservar en la mejor condición la mente y el cuerpo para realizar el trabajo intelectual y físico con el que hemos de contribuir al bienestar de la sociedad. Hay, además, el ejemplo malo que ofrecería a los niños y jóvenes nuestra costumbre de fumar. Todo esto lo llega a comprender nuestra conciencia y despierta en nosotros el anhelo de librarnos del vicio. Puede estar éste tan arraigado en nosotros que sintamos la necesidad de ayuda especial y se la pidamos a Dios en oración.

En este caso, debemos cumplir con el adagio "a Dios rogando y con el mazo dando". Habrá más posibilidad de que recibamos la ayuda si procura-

mos obtenerla para beneficio de otros. El pensar en los demás y cómo ayudarles a resolver los problemas que tienen en las mismas cosas es un gran factor de curación. Lo emplea la Asociación de Alcohólicos Anónimos que tanto éxito ha tenido en los Estados Unidos y otros países para rescatar a miles de personas de las garras de su enfermedad. Y es notable que la base de la acción de sus promotores es precisamente el reconocimiento del valor único de la religión para el proceso.

Este papel de la religión nos resulta más comprensible cuando reconocemos todo lo que entraña la formación de los hábitos. Estos van generalmente entrettejidos con las emociones. De ahí que, en la reforma de los hábitos la voluntad no resulte omnipotente. Es siempre necesaria, pero muchas veces ella sola no basta, aun cuando la guíe un intelecto regido por principios correctos. Para ser eficaz, debe ser impulsada, además, por buenos sentimientos. Sólo cuando estos buenos sentimientos prevalecen y la voluntad humana coopera con la divina, fuente de todos los buenos impulsos, puede realizarse la reforma completa de los hábitos.=



¿Hubo Vínculos entre los Esenios y los Cristianos?



Dr. Daniel
Hammerly
Dupuy

**¿Tenemos los
cristianos una deuda
ideológica con
los esenios?**

**La respuesta de la
historia y de
la religión.
Los primeros
escépticos que
relacionaron el
nacimiento del
cristianismo
con los esenios.**

secta judía fueron simples comentarios de los datos aportados por esos tres autores.

LA CRECIENTE MAREA DE POLEMICA EN TORNO DE LOS ESENIOS

Después de los grandes descubrimientos de los rollos del Mar Muerto, el profesor de la Sorbona, A. Dupont-Sommer, pretendió vincular a Juan el Bautista y a Jesucristo con los esenios de Qumran. Así lo afirmó en la ponencia que presentó el 26 de mayo de 1950 ante la Academia Francesa de Inscripciones y Letras y en un libro que publicó en ese mismo año.⁽²⁾

La hipótesis del profesor de la Sorbona repercutió en todos los ámbitos religiosos causando una gran expectativa y provocó una marea de comentarios y discusiones que duró varios años.

Las polémicas en torno de los pergaminos de Qumran y de las relaciones entre los esenios y los cristianos se vulgarizaron a partir del 14 de mayo de 1955 cuando el periodista Edmund Wilson dedicó gran parte de la revista *The New Yorker* al tema que estaba en discusión entre los eruditos. Como ese número de la revista se agotó inmediatamente, Wilson publicó un libro que llegó a ser el *best-seller* de ese año.⁽³⁾

Algunos autores modernos, entre los cuales figuraron Ernest Renán, David Strauss y Herman Graetz, relacionaron directamente al cristianismo con el esenismo.

Esa idea ya había sido enunciada por Federico II de Prusia. En la carta que este rey le dirigió, el 17 de octubre de 1770, al célebre filósofo francés D'Alembert, autor del *Discurso Preliminar de la Enciclopedia*, le decía que "Jesús era un esenio; estaba imbuido de la moral de los esenios. . .".

¿De dónde había obtenido el rey Federico II la idea de relacionar a Jesús con los esenios? Indudablemente, de su amigo Voltaire con quien había mantenido frecuente correspondencia desde el año 1736 y a quien, en 1750, invitó a permanecer en su corte en Potsdam.

El escéptico Voltaire, durante una tertulia con Federico el Grande, en 1752, se decidió a preparar una especie de breviario contra la religión. Esta publicación apareció en Ginebra, en forma anónima, en 1764. La obra tuvo numerosas ediciones bajo el título disimulado de *Diccionario Filosófico*. En realidad se trataba de una colección de temas contra la religión, ordenados en forma alfabética.

Voltaire dedicó cinco páginas de esa obra a los esenios en las cuales, para no asumir la responsabilidad de

lo escrito, se expresó como sigue: "Algunos sabios creen que Jesucristo, que se dignó aparecer algunos momentos en Capernaum, en Nazaret y en otras aldeas de la Palestina, era uno de los esenios que huían del tumulto de las ciudades, para practicar tranquilamente la virtud. . .".⁽¹⁾

En la época de Voltaire toda la información acerca de los esenios provenía de los pocos párrafos que habían escrito acerca de ellos algunos autores que los habían conocido: Filón de Alejandría, Plinio el Antiguo, Flavio Josefo. Lo que se escribió posteriormente referente a esa

Al sensacionalismo del periodista Wilson siguió la transmisión radial de la BBC de Londres, el 23 de enero de 1956. Esa conferencia estuvo a cargo del doctor J. M. Allegro, miembro del equipo que estaba estudiando los rollos que habían sido depositados en el Museo Arqueológico Palestino de Jerusalén.

El discurso radial de Allegro causó gran confusión, porque declaró disponer de documentos que indicaban lo siguiente: los sectarios de Qumran habían seguido a su fundador, el "Maestro de justicia", quien fue crucificado por orden del rey Alejandro Jannée y que, habiendo sido sepultado por sus discípulos, éstos anunciaron que resucitaría para cumplir la misión de Mesías. Esas declaraciones del doctor Allegro fueron publicadas en el *Times* de Nueva York el 6 de febrero de 1956 y dieron lugar a dudas y a polémicas. Los colegas del doctor Allegro que trabajaban en Palestina, se vieron en la obligación de publicar un desmentido que fue firmado por los eruditos Roland de Vaux, J. T. Milig, P. W. Skehan, J. L. Starky y J. Strugnell. La protesta, enviada en forma de una carta, apareció en el *Times*, de Londres, el 16 de marzo de 1956. En tal exposición afirmaban haber examinado todos los pergaminos y papiros de Qumran disponibles hasta esa fecha y que éstos no justificaban las declaraciones de Allegro, que podrían haber sido el resultado de traducciones erróneas o, en el peor de los casos, simples conjeturas personales.

El doctor Allegro publicó una retractación parcial en el *Times*, de Londres, el 20 de marzo del mismo año. Dijo que sus declaraciones se debían a la reconstrucción personal de los datos presentados por los rollos sectarios del Mar Muerto. Esta excusa provocó la indignación de su antiguo profesor de la Universidad de Manchester, el Dr. H. H. Rowley quien, 13 días después, lamentó, en el *Times*, de Londres, que uno de sus discípulos hubiese pretendido alcanzar la celebridad mediante la explotación prematura de esos rollos. A pesar de todo esto, Allegro procuró defender sus hipótesis mediante una obra popular.⁽⁴⁾

¿Qué puede decirse al respecto de las opiniones de Dupont-Sommer y de Allegro después de analizar sus argumentos a la luz de todos los datos conocidos? ¿Qué contestan la historia y la religión?

LOS COMIENZOS DE LA HISTORIA DE LOS ESENIOS

El esenismo nació como una reacción de parte de un grupo de judíos en el siglo II antes de la Era Cristiana. La escisión se produjo a raíz del helenismo que desde los días de Alejandro Magno iba penetrando cada vez más en Palestina, especialmente durante el gobierno de Antíoco IV, rey de Siria y Palestina entre los años 175 a 163 AC.

Los reaccionarios contra la helenización paganizante de Judea primero fueron conocidos por el nombre de *hasidim* o asideos.

La crisis se acentuó cuando el sumo sacerdote Onías III fue depuesto

Fragmentos de una carta escrita por un jefe judío de la época de la represión romana encontrada en la cueva de Murabba'at, cerca del Mar Muerto.



El monasterio de Kirbet Qumran estaba dotado de grandes cisternas para conservar el agua necesaria para la vida comunitaria, como puede verse en el grabado.



Toda la alfarería usada en el monasterio era manufacturada por sus ocupantes y se cocía en el horno cuya puerta puede verse a la izquierda.



**SI LE AGRADA
ESTA REVISTA,
SUSCRIBA
A SUS AMIGOS**



Vea el cupón al dorso de esta página.

con el propósito de que el helenófilo Jasón ocupara ese cargo. Este, a su vez, fue suplantado por Menelao, aunque no tenía ningún derecho al sacerdocio. En el año 170 AC Onías III fue asesinado en el exilio por orden de Menelao cumpliendo así con su plan de intrigas. En ese mismo año el rey Antíoco IV pretendió abolir la religión judía. Para lograr sus fines transformó el Santuario de Jehová en templo de Zeus.

La persecución desencadenada por los helenistas contra los judíos provocó la insurrección de los macabeos en el año 167 AC. Estos recibieron el apoyo entusiasta de los asideos. Pero cuando los macabeos favorecieron el nombramiento de Jonatán como sumo sacerdote sin que tuviese los títulos requeridos para ejercer ese cargo, los asideos se apartaron del "Sacerdote impío". Bajo la dirección de uno que asumió el título de "Maestro de justicia" los asideos se retiraron al desierto en el año 152 AC.

La invasión de Mesopotamia por los ejércitos implacables del país de Partia en el año 141 AC afectó a los judíos que residían en Babilonia quienes se refugiaron cerca de Damasco. Casi inmediatamente los refugiados se fusionaron con los asideos y constituyeron la nueva comunidad de los esenios que se instaló en Qumran bajo la dirección del líder religioso conocido por el título de "Maestro de justicia".

LOS ESENIOS DESPUES DE LA MUERTE DEL "MAESTRO DE JUSTICIA"

"El Maestro de justicia" fue reconocido por los esenios como fundador y figura epónima de su secta. El gran adversario de este jefe sectario figura en los escritos qumranitas con el título de "Sacerdote impío".

Se ignora el verdadero nombre del "Maestro de justicia". Con el propósito de identificar al "Sacerdote impío", se han sugerido los nombres de varios personajes. A la luz de las referencias de la literatura de Qumran los detalles parecen coincidir con el sumo sacerdote Jonatán (160-143), quien, según los esenios, fue castigado por Dios al ser encarcelado por el general Sirio Trifón que lo hizo ejecutar poco después.

En el *Comentario de Habacuk*, escrito por los esenios, se comenta la ejecución del "Sacerdote impío" que "persiguió al Maestro de justicia". En la traducción de ese pasaje por A. Dupont-Sommer se supone erróneamente, que la ejecución puso fin a la vida del "Maestro de justicia". Sin embargo, en los textos que se refieren a la muerte de éste, ocurrida hacia el final del reinado de Juan Hircano (134-104 AC), o sea: "reunirse a sus padres", "recogido a su pueblo" o "unido a su pueblo", es una antigua expresión del Pentateuco estereotipada entre los hebreos desde la época patriarcal para referirse a los que fallecían de muerte natural, pero que nunca se aplicaba a los que morían violentamente. (Génesis 25:8; Deuteronomio 32:50.)

Durante el reinado de Alejandro Janneo (103-76 AC) y de su esposa y sucesora Salomé Alejandra (76-67 AC) los esenios ampliaron las dependencias del monasterio de Qumran para recibir a los judíos fariseos que huían de Jerusalén a causa de las persecuciones de esos reyes.

El cuadro político de Judea pasó por algunas modificaciones después del año 63 AC cuando el general romano Pompeyo ocupó la ciudad de Jerusalén. (*)

La situación llegó a ser tan confusa que en el año 40 AC el Senado de Roma nombró al idumeo Herodes como rey de Judea. Pero éste no pudo conquistar cabalmente ese territorio hasta el año 37 AC cuando cayó en sus manos la ciudad de Jerusalén.

En los rollos de Qumran no hay referencias concretas al reinado de Herodes (37-4 AC). Se supone que este rey, que tenía su palacio en Jericó, no simpatizaba con la austeridad de los esenios. Estos abandonaron su monasterio después del gran terremoto que arruinó sus instalaciones en el año 31 AC. Los siguientes vestigios de la presencia de los esenios en Qumran corresponden al reinado del rey Arquelaos (4 AC-6 DC), o sea a los comienzos de la Era Cristiana.

SUPUESTAS RELACIONES ENTRE JESUS Y LOS ESENIOS

Algunos autores de nuestros días, que se han ocupado de los esenios,

fueron afectados por las ideas escépticas divulgadas por el profesor A. Dupont-Sommer, por el periodista Edmund Wilson y por el doctor J. M. Allegro.

Otros autores los siguieron en la búsqueda de semejanzas entre el cristianismo y el esenismo; pero guardaron sospechoso silencio acerca de las grandes diferencias. Los que alegan que hubo estrechos vínculos entre los esenios y los cristianos comienzan por imaginar que Juan el Bautista era esenio y continúan por suponer que al bautizar a su primo Jesús lo transformó en un adepto de esa secta.

Los datos destacados por esos comentaristas, con el propósito de establecer puntos de semejanza entre los esenios y Juan el Bautista, son los siguientes:

Juan el Bautista vivía en el desierto, en estado de pobreza, comía miel y bautizaba. Los esenios tenían su monasterio en el desierto, hacían votos de pobreza, también comían miel y realizaban ceremonias con agua en sus piscinas del monasterio de Qumran.

Las diferencias conocidas entre Juan el Bautista y los esenios son las siguientes: éstos vestían ropas de lino blanco; el vestido de Juan el Bautista era de pelos de camello. Juan deambulaba junto al río Jordán, los esenios vivían en el monasterio de Qumran o acampaban en sus inmediaciones, junto al Mar Muerto. Juan bautizaba una vez para arrepentimiento en el Jordán, los esenios realizaban repetidas abluciones ceremoniales.

Flavio Josefo, historiador judío del siglo I de la Era Cristiana, distinguió las características de los fariseos, los saduceos, los esenios y los cristianos. Al ocuparse de Juan el Bautista, no dijo que era un esenio, sino "un buen hombre, y amonestó a los judíos que ejercitaran la virtud. . . Entonces, cuando las multitudes llegaron a donde él estaba, porque estaban grandemente impresionados por sus palabras, Herodes, a quien le preocupaba la gran influencia que Juan ejercía sobre el pueblo, temiendo que su poder se inclinara a levantar una rebelión pensó que lo mejor que podía hacer era matarlo. . .". (5)

Los escépticos que procuran identificar a Jesús con los esenios dicen que el Maestro de Galilea reprobó en algunos de sus discursos a los saduceos, a los fariseos y a los escribas vanidosos, pero que nunca mencionó a los esenios ni criticó sus creencias.

Gracias a la abundancia de pergaminos esenios descubiertos en Qumran conocemos exactamente sus enseñanzas. ¿Coinciden acaso con las de Jesús?

Los esenios se caracterizaron por un legalismo que rayaba en el fanatismo. Al interpretar los mandamientos del Decálogo mostraron un rigorismo extremado. Por ejemplo, con respecto a la observancia del día de reposo especificaron las prohibiciones mediante 27 artículos entre los cuales figuran los siguientes:

"Que nadie ayude a una bestia a dar a luz en día sábado. Y si ella

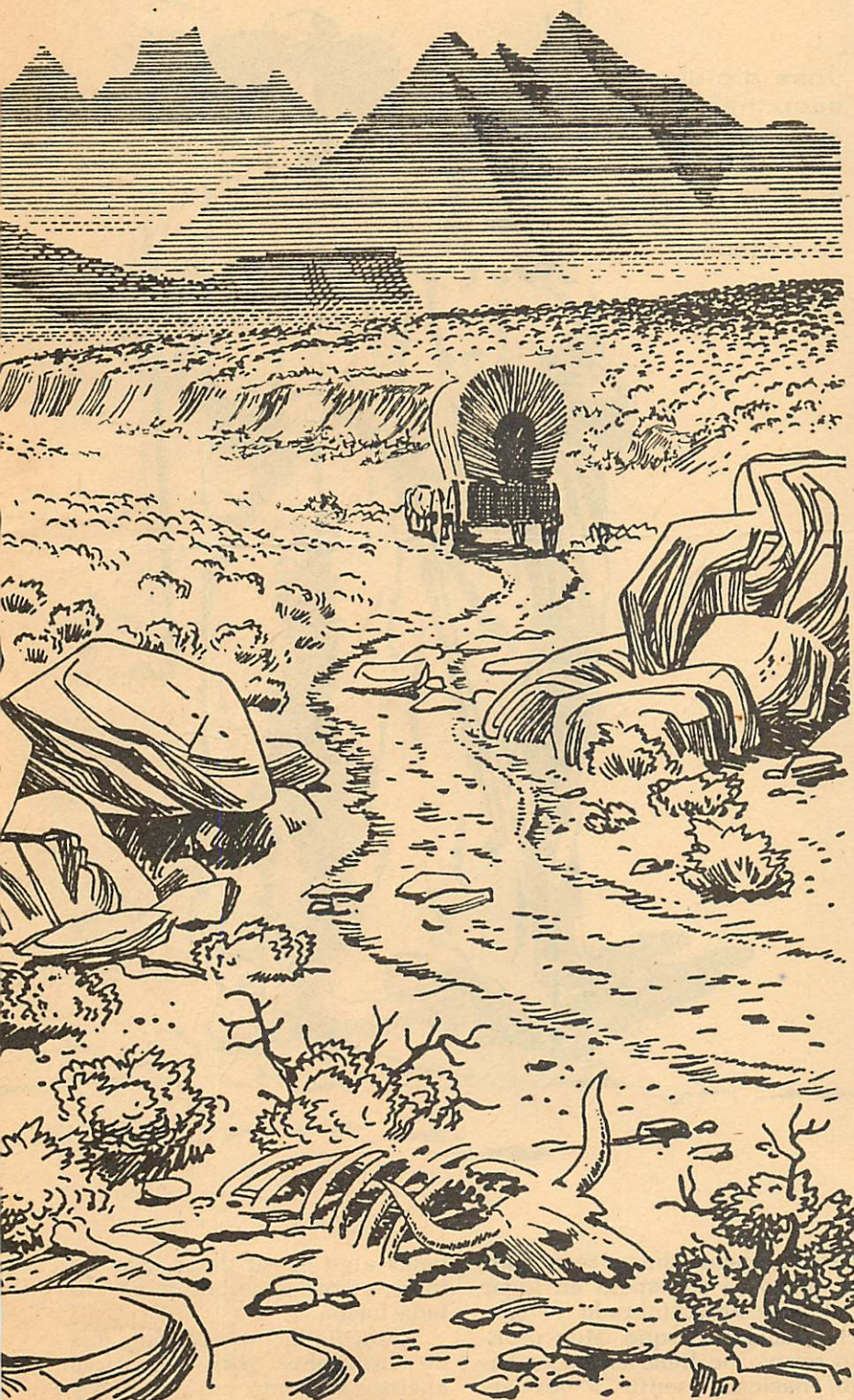
ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA

Av. San Martín 4555, Florida (FNGBM), Buenos Aires, Argentina.

Mi suscripción a Juventud, por 12 meses, \$ 22,50.

Nombre _____
Calle _____ N° _____
Localidad _____
País _____

La joven pareja se
despidió de los suyos
y se marchó al
oeste a fin de
establecer su hogar.



consolarla. Finalmente llegó a la conclusión de que los cantos y las lecturas le habían traído una profunda nostalgia.

La pareja vivía casi totalmente aislada. No había caminos que fueran dignos de ser nombrados como tales, y el vecino más próximo estaba muy lejos. Muy a menudo pasaban semanas sin que vieran el rostro de otro ser humano. Tenían la compañía de los pájaros, zorros, coatíes y ciervos, pero tales asociaciones, aunque muy satisfactorias, no reemplazaban las conversaciones con los seres humanos, quienes podían comprender, apreciar y responder.

A medida que pasaban los meses, María se ocupaba en plantar flores alrededor de su cabaña, procurando transformar el bosque en un hermoso vergel. La cariñosa dedicación que prodigaba a sus rosas, peonías, pensamientos y crisantemos, le ayudaba a mitigar su soledad.

Cierto día, María creyó darse cuenta de que José ya no la amaba tanto como antes. Las amables atenciones que siempre solía tener para con ella eran cada vez menos frecuentes. Sus caricias, sus bromas juguetonas y su risa sincera iban desapareciendo poco a poco. Y en algunos días lluviosos, cuando todo parecía marchar mal, solía iniciarse una verdadera discordia entre ellos.

Una noche José llegó a la casa más tarde de lo acostumbrado. Había pasado un día de duro trabajo y se sentía irascible. María había preparado una cena de "primera clase", pero cuando el esposo se sentó a la mesa estaba demasiado cansado para ser cortés; además, una insignificancia respecto a la cena lo indispu-



COMO MATAR EL AMOR

más todavía. Después de la cena, que siempre tomaban temprano, salió para ordeñar las vacas, y para gran chasco suyo descubrió que éstas se habían ido, y que quizá debía caminar kilómetros hasta dar con ellas. Esto era lo que faltaba para que diera rienda suelta a su temperamento, y mirando fijamente a María, la reprendió de esta manera:

—Debías haber vigilado a los animales y haberlos encerrado a tiempo; no tienes otra cosa que hacer. La mayor parte del quehacer recae sobre mí; tú no haces más que dar vueltas y no me ayudas.

Apenas había terminado de soltar estas crueles palabras, se dio cuenta del veneno que contenían. Herido por su conciencia, hubiera dado todo lo que poseía por recogerlas. Tristemente pensó:

“Los muchachos sueltan sus barriletes, pero recogiendo la cuerda pueden volverlos a bajar. No podemos hacer lo mismo con las palabras que soltamos. Las cosas que pensamos, a veces quedan ignoradas; pero ni Dios mismo puede matar las palabras una vez que están dichas”.

A la irreflexiva explosión verbal de José, María no respondió. Quedó mirando a su esposo con angustiosa sorpresa, con el corazón quebrantado.

Aquella noche José se sintió lleno de remordimiento, y determinó que se disculparía con María y le pediría perdón, pero cada vez que lo intentaba el orgullo se interponía y le impedía decir lo que estaba en lo profundo de su corazón.

A la mañana siguiente se preparó para un nuevo día de duro trabajo. Afilando su hacha y recogiendo la cesta que contenía el almuerzo abandonó la cabaña con la cara hecha un pernal y sintiendo el corazón

José dio un seco “hasta luego” a su esposa en lugar del beso acostumbrado y marchó hacia el bosque.



pesado; apenas dio un seco “hasta luego” a su esposa en lugar del beso acostumbrado y marchó hacia el bosque. Muy pronto estuvo de lleno en su trabajo, haciendo sentir a los ár-

boles algo de su dolor, con los inmisericordes golpes de su afilada hacha.

Al mediodía, más cansado que de costumbre pero con poco apetito, se sentó para comer y

meditar. Ese día María le había preparado un delicioso almuerzo y además había incluido un fresco ramillete de pensamientos, aparentemente para expresar el imperecedero amor por su esposo. La contemplación de las flores enterneció el corazón de José y determinó que al llegar a casa aquella noche ciertamente pediría perdón a María por haberle dicho aquellas palabras tan hirientes.

La tarde transcurrió lentamente, y un poco antes de lo acostumbrado José se puso en marcha hacia la cabaña. Al levantar la vista observó grandes cúmulos de nubes que pendían del oeste. Apuró sus pasos, presintiendo algo fatal. Llegó a la casa con el aliento agitado, abrió con impaciencia la puerta en busca de María, pero ella no estaba allí. Su ojo aguzado descubrió una nota escrita a lápiz que estaba sobre la mesa. En la penumbra leyó tembloroso:

“A pesar de haber cuidado de las vacas, temo que se hayan ido nuevamente: No me regañes, querido; casi creo que sé dónde están; no hace mucho oí sus cencerros; estuve buscándolas toda la tarde. Iré una vez más, creo que las hallaré pronto. Querido, si te he sido una carga, y no te ayudé como debía, en nombre de recuerdos pasados te pido perdón. Yo he procurado hacer siempre lo mejor. Querido, deja que el amor complete mi falta de fuerzas, y ten palabras amables para mí cuando regrese”.

Cuando José acabó de leer la nota ya las primeras pesadas gotas de lluvia comenzaron a caer. Se entrecruzaban los relámpagos y retumbaban los truenos. Y María —la única María que tenía José—, estaba sola afuera, en medio de la tormenta, en busca del ganado.

Repentinamente, casi frenético de temor y espanto, José llamó a su perro, que de un modo raro estaba acostado en un rincón; le dio a olfatear el chal de María y lo envió en su busca. Juntos se lanzaron en aquella noche tormentosa. El perro, después de haber hallado el rastro de María, no demoró en perderlo. Siguió marchando siempre adelante, calados hasta los huesos, cruzando bosques y arroyos desbordados, en carrera con la muerte. Tres veces regresaron a la cabaña, con la esperanza de hallar allí a María, pero se chasquearon cada vez.

La amarga y larga noche por fin terminó, y justo antes de romper el día una tenue claridad dejaba ver la devastación que había ocasionado la tormenta. José y su fiel perro, más muertos que vivos, llegaban a tropezones a la casa. Más abajo en el prado tintineaban los cencerros de las vacas. Ellas habían guiado a María hasta la cabaña.

Sí, María había llegado a la cabaña, pero se había vuelto a ir para siempre. Cuando José entró por la puerta entreabierta, encontró en el suelo su cuerpo exánime, no lejos del lugar donde dos noches atrás él la había muerto con su lengua mordaz. Y, a través de sus ojos anegados en lágrimas, volvió a leer en su dulce y pálido rostro las palabras de su nota borroneada:

“Yo he procurado hacer siempre lo mejor que pude”.

o o o o o

“Los muchachos sueltan sus barriletes, pero recogiendo la cuerda pueden volverlos a bajar. No podemos hacer lo mismo con las palabras que soltamos. Las cosas que pensamos, a veces quedan ignoradas; pero, ¡ni Dios mismo puede matar las palabras una vez dichas!”=

¡PRONTO APARECERA...!

*el libro que
el ama de casa
estaba esperando*

● 37 CAPITULOS DE UTIL Y VALIOSO CONTENIDO

● MAS DE 300 RECETAS PROBADAS

● LAMINAS A TODO COLOR

Más
SABOR
y mejor
NUTRICION

NO SE QUEDE SIN SU EJEMPLAR

Pida la visita de un representante a la agencia más cercana a su domicilio. Vea la lista en la página 2.



COMO MATAR EL AMOR



LA EXIGENTE

Teod

**“Mi hija extraña
a su padre...
El cuerpo de mi
esposo va en la
bodega. Lo estoy
llevando de vuelta
a la patria
para sepultarlo...”**

LA PRIMERA vez que vi a Bárbara fue en un atardecer de abril. Estaba de pie en un apartado rincón de la atestada cubierta de un barco de pasajeros, surto en Yokohama, Japón. Una niñita de ojos azules de dos o tres años se tomaba de su falda.

El aire de despedida pendía sobre el barco. La gente subía y bajaba apresuradamente por la planchada, algunas ufanas y alegres, conversando animadamente con amigos que vinieron a despedirlas; otras alineadas contra la barandilla, mirando ansiosamente hacia la multitud de abajo, tratando de sorprender una mirada de algún ser querido.

Bárbara, alta, rubia, pero pálida y con una expresión trágica, atrajo mi atención.

Los peones del puerto pronto comenzaron a desatar las amarras que sujetaban el lujoso vapor al muelle. Sonó el gong anunciando a los visitantes que el momento de la partida se acercaba. La orquesta, reunida sobre cubierta, comenzó a tocar. Los hermosos acordes de *Aloha*, el *Adiós a ti* hawaiano, flotaron en el aire. Se retiró la planchada y el vapor comenzó a deslizarse fuera del muelle.

Los pasajeros, formando apretada línea junto a la barandilla, se despedían de la multitud cuyo vocerío les llegaba desde el muelle. El viento era frío. Uno tras otro bajaron aquéllos a sus camarotes.

Bárbara tomó a su hijita y salió para el suyo, que habría de alojarla durante las dos semanas próximas.

Determinada a relacionarme con esa joven sumida aparentemente en profunda desesperación, la seguí, tomé el número de su camarote, y luego me fui al mío.

Bárbara nunca acudía al comedor, ni tampoco a la sala donde otros pasajeros se reunían para hacer vida social. La busqué sobre cubierta cuando otros descansaban allí en repo-

seras y disfrutaban de las vigorizantes brisas marinas. Pero nunca estaba con ellos.

Cierta noche, cuando el firmamento ya estaba encendido de brillantes estrellas, y la luna plateada había remontado los cielos, advertí su silueta, de pie, sobre cubierta, cerca de la barandilla mirando silenciosamente hacia abajo a las olas coronadas por blanca cresta, que rodaban sobre las aguas de profundo azul.

No era el momento adecuado para presentarse un extraño. Ella había subido a respirar un poco de aire fresco y evidentemente deseaba soledad.

Unó o dos días después, cuando muchos de los pasajeros sufrían los desesperantes síntomas del mareo, pasé frente al camarote de Bárbara de paso hacia la cubierta. Oí que la niñita lloraba, sin escuchar las palabras de consuelo de su madre.

Me detuve y golpeé a la puerta del camarote. Se oyó un débil "Pase". Entré. Bárbara yacía acostada de espaldas, luchando con la irritada niñita.

Sin esperar una presentación, le pregunté:

—¿Puedo hacer algo por Ud.?

Esperando ganar su confianza, me ofrecí a llevar a la niñita por un rato, para que ella pudiera descansar.

—Eso sería una verdadera ayuda —dijo con una mirada de alivio—. Jeanne está a punto de volverme loca. Me sentiré dichosa cuando termine el viaje. He estado en este vapor desde que partió de Shangai. Hubo mar gruesa a todo lo largo del Japón.

—Tan pronto como se acostumbre al movimiento del barco comenzará a sentirse mejor. Dentro de pocos días nos estaremos acercando a Hawai y a aguas más tranquilas.

Bárbara sacudió la cabeza.

—A veces no me importa si nunca volviera a ver tierra otra vez. Sonreí.

—Así nos sentimos la mayoría de nosotros cuando nos mareamos. Pero al final del viaje Ud. se olvidará de todo esto —levanté a Jeanne—. Es difícil viajar con una niñita tan activa.

Una o dos horas más tarde, volví con la niñita soñolienta. Bárbara aún yacía indiferente en su litera. Con una voz apenas audible, me agradeció por haber cuidado a Jeanne, y añadió:

—Mi hija extraña a su papito —dudó un instante—. El cuerpo de su papá va en la bodega. Lo estoy llevando de vuelta a la patria para sepultarlo.

—Puedo simpatizar con Ud. —dije—. He pasado por una experiencia similar.

Bárbara colocó un brazo bajo su cabeza y me miró fijamente.

—No creo que Ud. ni nadie pueda entender exactamente cómo me siento —suspiró de nuevo—. Mi tristeza es diferente. Es demasiado honda para expresarla en palabras. He llorado hasta que ya no me quedan lágrimas.

No contesté nada.

De repente dijo:

—Por fin puedo hablar con alguien. Me siento muy sola y muy aturdida. A veces me parece que empiezo a enloquecer. Me imagino que Ud. es misionera. Siento que puedo confiar en Ud.

Le tomé la mano. Comencé a contarle mi propia experiencia en el sufrimiento cuando la muerte llevó a mi esposo. Le expliqué la esperanza cristiana que me sostenía, le hablé de la vida más allá de la tumba, cuando los seres amados se reunirán para siempre en el día de la resurrección.

Bárbara sacudió la cabeza. Las lágrimas empañaron sus ojos azul grisáceos.

—No creo que volveré a ver jamás a Jack. No hay esperanza de una vida futura para ninguno de nosotros dos. Hemos vagado demasiado lejos de Dios.

Traté de infundirle seguridad en el maravilloso amor de Dios y su disposición a perdonar.

Para entonces la pequeña Jeanne de dorados rulos se hallaba profundamente dormida. Las sombras nocturnales reinaban ya y en el camarote todo era quietud. Esperé el resto de la historia.



COMO MATAR EL AMOR

Enjugándose las lágrimas y colocándose una mano sobre los ojos como si tratara de borrar un mal recuerdo, Bárbara comenzó a hablar con más fluidez:

“Jack —un simpático joven, oficial de la marina— y yo, nos conocimos en San Francisco, en un baile ofrecido por los militares. Era un perfecto caballero. Estaba magnífico en su oscuro uniforme con galones.

“Había cursado cuatro años universitarios en Berkeley y se había preparado en la escuela de oficiales de Newport, Rhode Island. Después de recibirse, quedó por algún tiempo en la Costa Occidental.

“Fue amor a primera vista. Ambos disfrutábamos de las mejores cosas de la vida, y albergábamos los mismos ideales. Y nuestra religión era la misma. Nos casamos en una sencilla ceremonia, realizada por el capellán. Tomamos en serio nuestros votos matrimoniales mientras nos prometíamos amor, honor y aprecio mutuos mientras durara la vida.

“Unas pocas semanas después, Jack fue llamado al servicio en el Lejano Pacífico, con la Flota Asiática, cuya base estaba en Shangai.

“La separación fue de lo más penosa —continuó Bárbara—. Pensaba en Jack día y noche. Nuestro amor mutuo parecía fortalecerse día tras día. La vida de casados había sido maravillosa. La separación nos aterraba y resentía. Cuando descubrí que sería madre, más que nunca deseé estar con Jack.

“A su debido tiempo di a luz una hermosa niña. Jack, que se hallaba muy lejos de su hogar, tenía ansiedad por mí, naturalmente. Se sintió muy aliviado cuando recibió un cable: ‘Madre e hija bien’.

“Por entonces, el Departamento de Estado permitió a los familiares de los oficiales estacionados en el extranjero reunirse con el jefe de la familia. Cuando Jack y yo nos en-

teramos de esta nueva disposición, nos sentimos deleitados, por supuesto. Fue una reunión maravillosa. Establecimos un agradable hogar en Shangai. La vida en el oriente resultaba fascinante.

“Cuando recién llegamos a Shangai, nos gustaba recibir y conocer a la gente, hacernos de nuevos amigos. La mayoría de ellos eran jóvenes buenos, de altos principios morales. En nuestro círculo no se bebía”.

Bárbara hizo una pausa, y luego continuó:

—Yo era lo que podría llamarse una perfeccionista, creo. Me deleitaba mucho en mantener mi casa immaculada.

A medida que siguió con la historia, mencionó que cuando Jack volvía de un turno de fatigoso servicio en el mar, se quitaba el saco y lo arrojaba sobre una silla, se sacaba los zapatos y se sentaba a leer. Parecía tan bueno estar en casa, sentirse cómodo y hacer lo que le placiera y olvidarse de las formalidades oficiales requeridas por la marina cuando estaba de servicio.

Pero Bárbara pensaba que él era descuidado.

—¡Jack! ¡Ten cuidado de no meter basura en la casa! ¡Acabo de rasquetear los pisos! ¡Límpiate los zapatos!

—¡Oh, Jack! ¿Por qué no cuelgas tu saco?

Unos pocos minutos después le gritaba:

—¡Jack! ¡No esparzas las cenizas del cigarrillo por la alfombra! ¡Usa el cenicero!

Cuando iba al cuarto de baño, le decía:

—¡Jack, no te olvides de colgar la toalla en el debido toallero!

Cerrando los ojos, Bárbara suspiró.

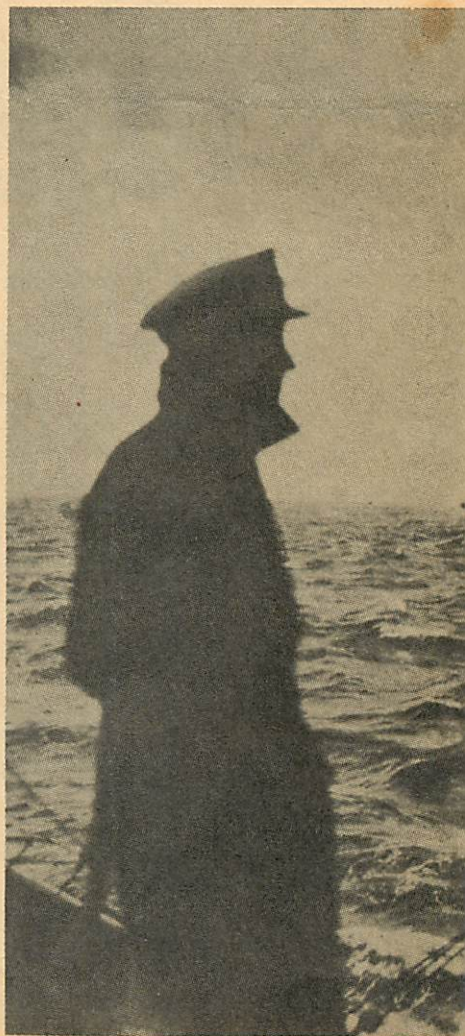
—Al principio, Jack tomó esto con buen humor, pero con el tiempo tiene que haberle afectado los nervios. Anhelaba las comodidades del hogar y el compañerismo. Si pudiera vol-

ver a vivir la vida le daría todo eso.

Evidentemente, sus regaños y sermones sobre perfección hicieron que Jack se sintiera irritado e incómodo. Lentamente se fue desintegrando la mutua confianza. Con el tiempo, Jack temía volver a la casa.

—Mientras él estaba afuera de servicio, me hacía de nuevos amigos y disfrutaba de la vida sin él. Cuando volvía y se enteraba que yo me había divertido con nuevos amigos se ponía celoso.

Uniendo los fragmentos de la historia, pude saber que para escapar de las realidades de la vida, Jack comenzó a beber. Esto, por supuesto, no resolvía sus problemas, ni le ayudaba a edificar su personalidad. A las pocas semanas el hombre distinguido, ataviado con un deslumbrante uniforme, se hallaba en camino a la extinción. Pasaba más y más de su tiempo con amigos en el bar.



Jack fue llamado al servicio en la Flota Asiática, cuya base estaba en Shanghai





COMO MATAR EL AMOR

La primera vez que Jack vino a casa ebrio y cruzó el umbral tambaleando, Bárbara se horrorizó. Y se enojó. El apenas podía mantenerse en pie. Ella lo ayudó a llegar hasta el sofá. El trató de explicarle lo ocurrido, pero su mente embotada no le permitía pensar con claridad.

Bárbara comenzó a fustigarlo.

—¿Vas a arruinar tu reputación? ¿Vas a echar tu carrera por la borda y atraer la desgracia sobre tu familia? —le gritó—. ¡Tú sabes que la próxima cosa será caerte en la cuneta como un sucio borrachín! ¿Has perdido tu sentido de la decencia?

Demasiado confundido para responder, Jack cayó en el sueño de la embriaguez. No se despertó sino varias horas más tarde, extremadamente sombrío y deprimido.

Cuando se recobró de la caída, el remordimiento llenaba su corazón. Prometió que nunca más permitiría que la bebida se apoderara de él. "No voy a arruinar mi reputación ni hundirme con la bebida", se dijo a sí mismo.

En lugar de encontrar el amor y la simpatía que necesitaba, solamente recibió más amarga censura. Estaba avergonzado de su debilidad, pero se sintió muy molesto por las hirientes observaciones. A su vez también fue hiriente para con aquella a quien había prometido amar, honrar y apreciar mientras ambos vivieran.

Fueron arrastrados más y más lejos el uno del otro. Jack pasaba mucho de su tiempo libre con sus amigos en la sala de juegos. Siempre que bebía demasiado, los amigos lo ayudaban a llegar a la casa.

Todo esto no añadió nada a su respeto y felicidad personales. Solamente le dio un sen-



Cuando estaba prestando servicio. Jack era sobrio y eficiente, pero en la casa las horas se le volvían pesadas, se sentía descontento, solitario y desdichado, y entonces acudía a la bebida como vía de escape.

timiento de inferioridad. Y con el tiempo, su salud comenzó a quebrantarse. Durante el tiempo de servicio, era sobrio e industrial, pero en la casa, las horas se le volvían pesadas. Se sentía descontento, solitario, infeliz.

—Yo también me sentía descontenta, infeliz, solitaria —dijo Bárbara—. No había tanto dinero para gastar como antes. El licor es un artículo caro. Lo amenacé con abandonarlo y conseguir el divorcio a menos que dejara de beber.

Trató de reformarse y pro-

bar que era capaz de dejar la bebida por sí mismo. Pero no pudo.

—Jack me amaba a pesar de mis regaños —suspiró Bárbara—. La quería mucho a Jeanne. El solo pensamiento de un divorcio lo aterrorizó.

El trató de dar satisfacciones. Pero nunca parecía poder decir o hacer lo debido. Continuó la crítica, la irritación y la búsqueda de faltas. "¿De qué vale?" pensó.

Un domingo de mañana, antes de que Jack lograra dormirse después de una borrachera